

FIEL EN CUANTO AL DINERO

Watchman Nee

Lectura: Números 22:1-21; Mateo 6:24; 2ª Pedro 2:15; Judas 11; Apocalipsis 2:14; 2ª Pedro 2:1-3; 1ª Timoteo 6:3-10; 2ª Corintios 8:1-24

¿Cuál deberá ser la actitud de un obrero cristiano en cuanto al dinero?

Este es un asunto de mucho peso y afecta a cuestiones tan prácticas que, a no ser que haya claridad cristalina en el mismo, el obrero seguramente tropezará, pues ningún obrero cristiano puede evitar el encontrarse en contacto con asuntos de dinero.

Desde el comienzo deberemos darnos cuenta con claridad que la riqueza está opuesta a Dios. Sus siervos deberán por lo tanto estar alertas para no caer bajo su poder, pues si tiene alguna fuerza en sus vidas, no estarán capacitados para ayudar al pueblo de Dios ante sus insidiosos ataques.

En vista del universal problema que presentan las riquezas, pasaremos un rato hablando juntos acerca de este tema.

En primer lugar notemos la relación que existe entre el dinero y la conducta y enseñanza del obrero.

En el Antiguo Testamento la historia de Balaam en relación con el pueblo de Dios nos sirve de ilustración, y en el Nuevo Testamento encontramos nuevamente la mención de Balaam en la misma relación.

Pedro se refiere al “camino de Balaam”, y en el libro de Apocalipsis leemos de “la doctrina de Balaam”.

Balaam fue un profeta que trabajaba por una recompensa; él comercializó el ministerio profético.

Balac, rey de Moab, estaba empeñado en destruir al pueblo de Dios y pagó a Balaam para que los maldijera, pero Balaam no ignoraba que el pueblo de Dios era bendito, aún más, Dios le había dicho directamente que no debía cumplir con el pedido de Balac.

Pero la recompensa era atractiva y le impulsó.

¿Cómo hallar la manera de hacerlo?

Él trataría de hacer que Dios cambiara de decisión.

Su plan fue llevado a efecto y su resultado maravillosamente satisfactorio: Dios efectivamente cedió permiso para hacer lo que anteriormente le había dicho que no hiciera.

Algunas personas imaginan erróneamente que este episodio es una ilustración de dependencia de Dios.

En realidad, Balaam no hubiera nunca pedido la opinión a Dios si no hubiera sido con la esperanza de ganar; y, cuando el resultado de esta pregunta fue rotundamente negativo, no había necesidad de preguntar la segunda vez. Cuando finalmente Dios le dio a Balaam permiso para ir con los príncipes de Balac, no fue porque aprobara la misión de Balaam, sino que simplemente le permitió ir por el camino que él había elegido por su cuenta.

Balaam era sin duda un profeta, pero permitió que la influencia sutil del dinero afectara su ministerio, y lo descarriara.

Cualquier obrero cristiano, que no ha resuelto este asunto del dinero, está sujeto a caer bajo la influencia de las riquezas. Cuando deba decidir en qué lugar ha de trabajar estará influenciado por las posibilidades financieras.

Si no se le garantiza un aporte en algún lugar, irá a otro lado. Siendo un obrero cristiano buscará por supuesto la guía acerca de dónde deberá ir, pero su dirección es casi seguro que le envía a un lugar donde el sostén es asegurado.

Cuando pedimos dirección nuestra engañosa vida natural tiene la tendencia de guiarnos a lugares donde no existe escasez financiera y de restarles importancia a las poblaciones pobres.

Un creyente anciano dijo una vez: ¡Cuántos de los siervos de Dios son influenciados por consideraciones financieras!

Tome nota de cuántos distritos pobres tienen falta de obreros que residan en ellas, mientras que en los lugares prósperos abundan.

Estas observaciones parecen crudas, pero representan una triste verdad.

Sí, muchos obreros cristianos transitan por “el camino de Balaam”. Sus pasos parecen dirigirse hacia las ganancias y no hacia la voluntad de Dios. Así es que, cuando han pedido ya a Dios que confirme la voluntad de ellos, Él dice: Vé.

Todo verdadero siervo de Dios debe estar libre de la esclavitud al dinero. “Ninguno puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mateo 6:24).

Este buscar la guía del Señor cuando estamos en realidad guiados por el deseo de las ganancias, es una cosa despreciable.

Si el Dios que servimos es el Dios vivo, ¿no podemos irnos confiadamente a cualquier lugar que nos indique?

Y si no es el Dios vivo, ¿no sería mejor abandonar todo intento de servirle?

¡Oh, qué vergüenza que un creyente, bajo la apariencia de servir a Dios, esté sirviendo a sus propios intereses!

Pedro haciendo referencia en su segunda epístola al “camino de Balaam” escribe:

“Han dejado el camino recto y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam... el cual amó el premio de la maldad” (2:15).

Hermanos y hermanas, Dios ha puesto ante nosotros “el camino recto” y debemos cuidarnos de no apartarnos de él, no sea que caigamos en “el camino de Balaam”.

Pedro describe a los que andan en este último camino como teniendo “el corazón habituado a la codicia”.

La raíz del problema comienza por el corazón, luego la mano se alarga por la recompensa, y los pies comienzan a desviarse de los caminos del Señor.

No ocurrió todo en un momento y no había al principio signos de desvío del Señor, el apartamiento interno de Dios estaba cobijado bajo la forma externa de buscar Su voluntad.

La Palabra de Dios nos dice que Balaam “amó el premio de la maldad”.

Él amó la recompensa que se le ofreció, y su corazón ya estaba puesto en ella cuando les dijo a los príncipes que no podía aceptar sin antes buscar la divina voluntad; no obstante prometió:

“Os daré respuesta según Jehová me hablare” (Números 22:8).

¡Cuán espirituales sonaban esas palabras! Pero el corazón de Balaam estaba “habitado a la codicia” y así fue que, cuando Dios le rehusó el permiso de ejecutar aquello que le daría la recompensa, él cubrió su codicia con una terminología espiritual al tratar a los príncipes de Balac, y luego aparentó nuevamente espiritualidad cuando volvió a dirigirse a Dios.

Balaam obtuvo lo que deseaba pero con terribles resultados.

El hábito que había cultivado en secreto, se transformó en un camino abierto - “el camino de Balaam”.

Hermanos y hermanas, ¿notamos cómo se manifiesta la codicia?

Salvo que estemos capacitados por la gracia de Dios para tratar esta peligrosa condición del corazón, caeremos más y más bajo el sutil influjo del dinero y eventualmente seremos vencidos por su poder.

Judas, escribiendo de algunos que se habían apartado, dice que “se lanzaron por lucro en el error de Balaam”.

Estas personas no están caminando ahora sino que están corriendo en este camino torcido y éste es un camino de “error”.

En Apocalipsis Juan escribe a una de las siete iglesias:

“Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a ídolos, y cometer fornicación” (2:14).

Vemos en este pasaje que no hay sólo un “camino de Balaam” sino también “la doctrina de Balaam”.

En el corazón que ha guardado pensamientos de codicia y no ha aceptado la corrección, el deseo de ganancia se transforma en hábito; y este hábito escondido, se expresará pronto en su proceder; y el camino se hace más y más definido hasta que se transforma en “doctrina”, lo que se enseña.

La Palabra de Dios, vez tras vez, habla de los terribles estragos que acarrea la codicia.

Cuando Pedro habla del “camino de Balaam” se refiere en primera instancia a los falsos maestros y advierte a sus lectores con las siguientes palabras:

“Habrá entre vosotros falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructoras... y por avaricia harán mercadería de vosotros”
(2^a Pedro 2:1,3)

Notemos que, cuando los deseos de ganancia se guardan en el corazón, pervierten nuestra enseñanza. Si nuestra audiencia es de la clase pobre, nuestra enseñanza será de cierto tipo, pero si nuestro auditorio es de la clase acomodada, adaptaremos el estilo y el tema para adularles.

Si notamos que pensamientos de ganancia personal tienen poder para influenciar nuestros movimientos y nuestras palabras, debemos inclinarnos ante el Señor en busca de Su misericordia.

Este es un asunto muy solemne.

Pablo, escribiendo a Timoteo, también habla de los peligros de la codicia.

En su primera carta dice:

“Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras” *“que toman la piedad como fuente de ganancia”* (1^a Timoteo 6:3-5).

¡Qué diferencia notable existía entre esos maestros falsos y Pablo! ¡Cómo se brindaba sin reservas tanto él mismo como sus bienes por la causa del Evangelio!

¿Puede haber algo más bajo que ocuparse de la obra cristiana para sacar provecho?

Nosotros, como otros, podremos caer en esta tentación si no solucionamos este asunto definitivamente, para que nunca veamos en nuestro trabajo un medio de vida; antes rehusemos pensar en “la piedad como fuente de ganancia” y animémonos con la seguridad de que ***“gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento”*** (6:5,6).

Atesoremos también las palabras que siguen en esta carta de Pablo a Timoteo:

“Porque nada hemos traído a este mundo y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de

todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (6:7-10)

Ahora pasemos de las palabras de Dios dichas a través de sus siervos, a las dichas por el mismo Señor.

En Lucas 9 se registra el envío de los doce, y en el siguiente capítulo el envío de los setenta. En ambas instancias fueron explícitas las instrucciones acerca del equipo y las dos veces son impartidas de manera negativa.

Dirigiéndose a los doce dijo:

“No toméis nada para el camino, ni bordón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni llevéis dos túnicas” (Lucas 9:3)

A los setenta les da menos detalles, pero en el fondo es lo mismo:

“No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado” (Lucas 10:4)

El énfasis en ambos casos es el mismo:

Cuando el Señor encarga una misión a sus siervos, no debe entrar en sus planes ningún cálculo material.

En una fecha posterior, el Señor interrogó a sus discípulos acerca de su experiencia cuando salieron obedeciendo su mandato:

–“Cuando os envié sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó algo? Ellos dijeron: Nada”.

Pero notemos lo que sigue:

“Y les dijo: Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela, y también la alforja; y el que no tiene espada, venda su capa y compre una” (Lucas 22:35,36).

En el intervalo las circunstancias habían sufrido un vuelco y ésta era la noche de la traición del Señor.

Mientras el camino estaba abierto para que los discípulos pudieran moverse libremente, las instrucciones pertinentes eran: “No toméis nada para el camino”; no obstante Él les recomienda hacer previsión para aquellas circunstancias en las cuales se hace necesario un equipo más completo.

Para ser un predicador efectivo de la Palabra, se necesita tener una pasión que excluya todo otro interés.

Un verdadero predicador de las Buenas Nuevas no se preocupa por el viaje ni por la forma en que será recibido al final del mismo, pues, junto con el cometido que se le ha confiado, se le han dado precisas instrucciones con respecto a ambos.

Para el viaje las órdenes son: “No toméis nada para el camino”; y, para cuando arriba a destino, tiene órdenes igualmente explícitas:

“En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: Paz sea a esta casa”
(Lucas 10:5)

¡Qué hermoso! Cada obrero cristiano debería ser un mensajero de paz y magnificar su oficio.

Podremos ser pobres, pero nunca deberíamos perder la dignidad de nuestro excelso llamado.

Pero ¿qué actitud debemos seguir para con aquellos que no quieren recibirnos?

El Señor se anticipa a esta pregunta contestándola en Lucas 9:5:

“Y dondequiera que no os recibieren, salid de aquella ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos”.

¿Vemos la dignidad de los hijos de Dios?

No hay autocompasión por el trato que se les brinda, no hay introspección, ninguna duda acerca de su dirección; no hay nada de negativo ni débil. Son fuertes y firmes porque sus órdenes son claras.

Aprendamos algo más sobre el mismo tema por notar las instrucciones del Señor a sus discípulos cuando dio de comer a la multitud.

En una de estas ocasiones había estado predicando a un auditorio de cinco mil, sin contar mujeres y niños, y hacia el fin del día los discípulos sugirieron que, como estaban en un lugar desierto, sería bueno enviar a la gente a los pueblos a comer.

Pero Jesús les dijo:

“No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer” (Mateo 14:16)

Uno de los discípulos se mostró bastante alarmado ante la idea de tener que proveerles comida a tantos, y protestó que tomaría una suma considerable de

dinero para alimentarlos a todos aunque fuera en forma frugal; pero el Señor inquirió cuánta comida había.

Pudieron encontrar cinco panes y dos peces, los cuales le trajeron y, luego que Él hubobendecido esa provisión tan escasa, había para todos en abundancia.

Mediante este milagro, Cristo demostró a sus discípulos que la sabiduría humana no se debe tener en cuenta para Su servicio.

No importa lo magro de los recursos que tengamos a mano, debemos estar preparados para dar, y dar, y aún para dar otra vez.

Los que están dominados por las consideraciones materiales son siervos de las riquezas, no de Dios. Para aprender esta lección, lleva tiempo.

Los discípulos no la aprendieron toda de una vez. Fue así como después de la alimentación milagrosa de los cinco mil, el Señor los llevó nuevamente por circunstancias similares.

En esta ocasión un grupo de unos cuatro mil, otra vez sin contar mujeres ni niños, le había seguido por tres días y Él les dijo:

“Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino” (Mateo 15:32)

Claramente los doce no habían aprendido su lección, pues esta vez su reacción fue igual a la anterior:

- *“¿De dónde tenemos nosotros tantos panes en el desierto?”*

Ahora, igual que en la ocasión anterior, razonaban con respecto a las circunstancias actuales y la falta de recursos para suplir tales demandas. Pero nuevamente el Señor les preguntó qué tenían y, cuando le dieron siete panes, con Su bendición se produjo otro milagro y otra multitud comió hasta hartarse, y aún sobró mucho.

El día de Pentecostés los discípulos se enfrentaron con multitudes de gentes necesitadas espiritualmente; pero ellos habían aprendido la lección, y contando con los recursos divinos, en esa ocasión fueron ministros de salvación a nada menos que tres mil almas y más tarde a cinco mil (Hechos 2:41; 4:4).

Fue a través de la disciplina que los discípulos pudieron cumplir con las necesidades de Dios, y no será sin disciplina que nosotros lleguemos a estar realmente equipados para servirle.

Podemos ser frugales en lo que concierne a nuestros asuntos particulares, pero no debemos ser parcios en la obra del Señor pues esto privará a Él de efectuar milagros en favor de las multitudes.

Nuestras intenciones de ser frugales frustrarán Sus propósitos y empobrecerán nuestras vidas.

Nosotros debemos someternos a la disciplina de Aquel que disciplinó a los doce y a los setenta; aún cuando bajo su entrenamiento uno no llegó a ser apto y tuvo que ser rechazado en concepto de ladrón.

Judas podía observar cómo María Magdalena ungía al Señor con ungüentos costosos y calcular fríamente cuánto se podría haber dado a los pobres si aquellos hubiesen sido vendidos y el dinero dejado a su cuidado.

En la gran expresión de amor para el Señor, Judas sólo podía ver un gasto innecesario, pero Cristo le confirió el mayor valor. Él dijo:

“Ha hecho para conmigo buena obra” y declaró que, dondequiera que se predicara el Evangelio, también sería recordada esta pura expresión del poder del mismo (Ver Juan 12:1-8; Mateo 26:10-13)

Judas, que tenía un sentido tan pervertido de los valores, vendió a Jesús por treinta piezas de plata.

No hay por qué tener miedo de ser exagerados si es al Señor que estamos dedicando todo nuestro amor y recursos.

Algunas personas tienen tanto miedo de irse a extremos que desde el principio de su vida cristiana pueden determinar hasta qué límite deben dar.

Si en nuestra primera ráfaga de amor por el Salvador podemos calcular adónde llegaremos, ¿qué ocurrirá cuando haya pasado el fervor del primer amor?

¡Qué contraste existe entre Pedro y Judas! Judas era el tesorero de los doce y, mientras administraba los fondos, se apropiaba de parte del dinero para su uso personal. Pedro pudo haber mejorado su situación cuando multitudes se estaban convirtiendo y vendiendo sus posesiones para el común bien de los creyentes. Pero notemos lo que le dice al lisiado que estaba a la puerta del templo:

“No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (Hechos 3:5-6).

Si lo que queremos es nuestro propio bienestar, ocupémonos de una tarea secular; pero si lo que nos interesa es seguir al Señor, dejémoslo por sentado ya de una vez que nuestro deseo será el adelanto del Evangelio y no nuestro adelanto personal.

Echemos un vistazo a la vida de Pablo, y veamos su actitud hacia el dinero. Escuchemos cuál fue su defensa ante los ancianos de Efeso:

“Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido” (Hechos 20:33-34)

Escribiendo a los corintios hace esta pregunta:

“¿Pequé yo humillándome a mí mismo, para que vosotros fueseis enaltecidos, por cuanto os he predicado el Evangelio de Dios de balde?”

Y tanto a ellos como a los efesios hace la misma defensa.

“Cuando yo estaba entre vosotros y tuve necesidad, a ninguno fui carga, pues lo que me faltaba, lo suplieron los hermanos que vinieron de Macedonia, y en todo me guardé y me guardaré de seros gravoso. Por la verdad de Cristo que está en mí, que no se me impedirá esta mi gloria en las regiones de Acaya. ¿Por qué? ¿Porque no os amo? Dios lo sabe. Mas lo que hago, lo haré aún, para quitar la ocasión a aquellos que la desean, a fin de que en aquello en que se glorían, sean hallados semejantes a nosotros” (2ª Corintios 11:7-12)

Pablo no adoptó una actitud independiente, él estaba listo para aceptar ayuda financiera, como muestra el pasaje; pero, aún en un momento en que pasaba por verdadera necesidad, no aceptó ayuda de los corintios, porque esto no habría beneficiado la obra del Evangelio.

Existían personas en toda la región de Acaya que estaban buscando desacreditar su ministerio, y él estaba decidido a no dar ocasión a que ello sucediera.

¿Había falta de amor en esa actitud de no querer aceptar su ayuda?

El contesta la misma pregunta - *“Dios lo sabe”*. Pablo estaba apercebido de la dignidad de su ministerio, y la guardaba con celo.

Aprendamos de él a no aceptar presentes que pudieran echar duda alguna sobre nuestro ministerio.

¡Qué carga pesaba sobre Pablo para predicar el Evangelio! Él no podía sino realizar esa tarea, aunque implicara trabajar fuera de hora para no ser una carga para los demás; y no sólo proveía para sus necesidades, sino también para las de otros.

Su profundo sentido de responsabilidad nunca le dejaba descansar contento con tener suficiente para él mismo.

No alcanzamos la norma para obreros cristianos si sólo podemos ejercitar la fe suficiente para cubrir nuestras propias necesidades y no nos preocupamos de los demás que también están necesitados.

Nosotros pensamos que, como a los Levitas, nos corresponde esperar que los creyentes nos ofrezcan su diezmo, pero nos olvidamos que los Levitas tenían la misma obligación de dar el diezmo.

Los que dedican todo su tiempo a la obra cristiana corren peligro de que, obsesionados por lo mucho que han dejado, siempre esperen recibir, y están propensos a perder el sentido de la responsabilidad y el privilegio de dar.

Esta actitud resulta fatal para el progreso del obrero, ya que cada creyente por bajos que sean sus ingresos debe ser siempre un dador.

El solo recibir y no dar llevará inevitablemente al estancamiento; y si no cargamos con las responsabilidades financieras de los demás, Dios nos confiará poco a nosotros.

En su segunda carta a los corintios Pablo usa la siguiente frase:

“Como pobres, mas enriqueciendo a muchos” (6:10)

¡Oh, este hombre conocía a Dios!

No importa cuán grande fuera su necesidad, siempre estaba ocupado en el enriquecimiento de otras vidas, y lo más sobresaliente es que siempre estaba en condiciones de hacerlo.

Hermanos y hermanas, si en cualquier lugar la fama del ministerio que nos ha sido encomendado se interroga, por el honor del mismo, no debemos aceptar ayuda financiera.

Debemos fijar firmemente nuestra posición y, cuando hemos rehusado aceptar tal ayuda, no debemos sin embargo olvidar que tenemos obligaciones hacia los demás. Si deseamos aumentar nuestras entradas, aumentemos nuestras ofrendas. La experiencia de muchos de los hijos de Dios confirma sus propias palabras:

“Dad y se os dará” (Lucas 6:38)

Esta es una ley divina y, si la violamos, obra en nuestro propio perjuicio.

El cristiano administra sus bienes de forma completamente opuesta a la de los no creyentes. Éstos ahorran para aumentar sus ingresos; aquél los acrecienta repartiendo lo que tiene.

Puede ser que el creyente no aumente su balance bancario mediante el repartir, pero sí puede por medio de esto compartir cada vez más la experiencia de Pablo, *“como pobres, mas enriqueciendo a muchos”*.

Al final de su segunda carta a los Corintios, escribiendo de su esperanza de visitarlos pronto, Pablo dice:

“He aquí, por tercera vez estoy preparado para ir a vosotros; y no os seré gravoso, porque no busco lo vuestro, sino a vosotros, pues no deben atesorar los hijos para los padres, sino los padres para los hijos” (12:14)

Notemos con cuánta frecuencia en su carta a la iglesia de Corinto Pablo habla de asuntos financieros pero, vez tras vez, al referir a su propia posición, aprovecha la oportunidad para instruirlos; de otra manera bien podrían haber pensado que él adoptaba una actitud de independencia porque estaba ofendido por las críticas que hacían acerca de él y de su ministerio.

A pesar de las circunstancias especiales que le hacían a Pablo tener que rechazar la ayuda financiera de ellos, él poseía tal claridad y libertad de espíritu que podía estimularlos a que ayudaran a los hermanos necesitados en Jerusalén como así exaltar también su liberalidad para con las iglesias en Macedonia.

Pablo no necesitaba personalmente el dinero de ellos, pero había necesidad en otros lados, y él deseaba que dieran generosamente para su propio enriquecimiento, como para el de los demás.

Preguntémonos si en nuestros tratos con los hijos de Dios, podemos diferenciar entre ‘vosotros’ y ‘lo vuestro’ como lo hacía Pablo.

En todas nuestras relaciones con ellos, ¿los queremos a ‘ellos’, o a ‘lo suyo’?

Si nos tratan con alguna sospecha, ¿podemos dejar de recibir 'lo suyo' y seguir brindando 'lo nuestro', o desaparece nuestro deseo de ministrarles cuando no recibimos un estímulo recíproco?

Desde un punto de vista natural Pablo pudo haber abandonado a los corintios, sin embargo no quería dejarlos, sino que por tercera vez se preparaba para visitarlos. Rechazaba 'lo suyo', pero todavía los quería a 'ellos'.

Con cuánta sinceridad los buscaba a 'ellos' y no 'lo suyo' se manifiesta crecientemente al abrirles su corazón a través de sus cartas.

La secuela del pasaje que hemos citado sigue la misma huella:

“Con el mayor placer gastaré lo mío, y aún yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos. Pero admitiendo esto, que yo no os he sido carga, sino que como soy astuto, os prendí por engaño, ¿acaso os he engañado por alguno de los que he enviado a vosotros? Rogué a Tito y envié con él al hermano. ¿Os engañó acaso Tito? ¿No hemos procedido con el mismo espíritu y en las mismas pisadas?” (2ª Corintios 12:15-18)

Notemos la actitud de Pablo aquí. ¡Cómo se dio enteramente a los corintios, y cómo les brindó también sus medios de vida!

No merecemos el alto llamado de predicadores del Evangelio si no podemos dar a Su causa todo lo que somos y tenemos.

Notemos por otra parte que Pablo sí aceptó la ayuda financiera que se le envió de Macedonia, y bajo circunstancias normales está bien que un obrero cristiano reciba ayuda de sus hermanos.

Pablo no recibía ni rechazaba indiscriminadamente la ayuda que se le brindaba. Él tenía percepción espiritual y, cuando el dador estaba en buenas condiciones espirituales, recibía de él con agradecimiento.

Busquemos el poder de discernir qué es lo que debemos aceptar y qué debemos rehusar, y librarnos de la común idea de que hay que aceptar todo lo que viene.

Pasemos a la carta de Pablo a los Filipenses y veamos su actitud cuando recibe las ofrendas de los santos en ese lugar:

“Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del Evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos; pues aún a Tesalónica enviasteis

una y otra vez para mis necesidades. No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta” (4:15-17).

Pablo aceptó con agradecimiento la ofrenda de la iglesia en Filipos; pero, aún al hacerlo, aclaró que su máxima alegría no era por recibirla sino porque servía para el enriquecimiento de ellos, los dadores.

Y de inmediato agregó esta observación:

“Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia” (4:18).

¡Qué contraste con algunos acuses de recibo que se hacen hoy día!

Demasiado a menudo las cartas de agradecimiento denotan necesidades que no han sido aún cubiertas, con la intención ya sea consciente o inconsciente de estimular una ayuda posterior.

Leamos nuevamente las palabras de Pablo y apropiémoslas:

“Todo lo he recibido, y tengo abundancia”.

Aquí no existe la más remota insinuación de que exista necesidad alguna. Por el contrario, todo demuestra una plena satisfacción. ¡Qué espíritu exquisitamente puro tiene Pablo! ¡Está completamente desligado de la servidumbre de las riquezas!

Pero leemos más adelante:

“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a Sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (4:19)

Pablo expresa su aprecio por toda la ayuda material que ha llegado por medio de los santos de Filipos, pero no pierde de vista la gloria de su misión.

Él no se atribuye a él mismo el destino de esos presentes. Expresa libremente su aprecio, pero pone en claro que reconoce que han sido dados a Dios:

“Un olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios” (4:18)

No obstante, por ser participante de la ofrenda a Dios, él les ofrece una bendición que va más allá de todas las dádivas:

“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús“. ¡Qué hombre rico era Pablo y qué riqueza brindó a los demás!

Que podamos compartir la sencillez de corazón de este hombre y unirnos a él cuando dice:

“Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (4:20)

Finalmente veamos la actitud de Pablo en relación a los fondos de la iglesia. En 2ª Corintios 8:1-4, escribe:

“Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias en Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aún más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos”.

Pablo, habiendo oído del hambre en Jerusalén, había informado a los hermanos en Macedonia de la necesidad allí. A pesar de estar ellos mismos en dificultades económicas, se conmovieron por la noticia de tal manera que se privaron para aliviar a los hermanos, y dieron alegremente más allá de sus posibilidades.

Su dádiva por cierto no fue hecha en cumplimiento del deber, porque se nos relata que pidieron con ruegos que se les permitiera ayudar para suplir las necesidades de los santos en Jerusalén.

Ellos estaban tan ligados a sus hermanos que no tenían presente sus propias necesidades, sino la de los miembros del Cuerpo de Cristo que se hallaban en un lugar distante.

El hecho de que tuvieran que implorar este favor, demuestra que el apóstol basilo en estimular la abnegación porque era aguda la necesidad de ellos, pero la insistencia venció a la oposición.

Su actitud fue hermosa, pero también lo fue la de Pablo. Estando él en una situación de responsabilidad, no pudo ignorar la necesidad de los hermanos del lugar en su empeño de aliviar las necesidades de otro sitio; pero ellos estaban en tal forma desligados de sus propios intereses que sentían una verdadera responsabilidad por las necesidades de los de otro lugar, de tal modo que no pudo menos que reconocer sus deseos de cooperación, como miembros de un solo Cuerpo, y concederles su pedido.

¡Qué hermoso cuadro de la relación entre un siervo de Dios y aquellos a quienes buscaba servir!

Nosotros, que nos llamamos obreros cristianos, no deberíamos apurarnos a recibir el dinero ofrecido ya sea para nuestras necesidades o las de los otros, sino antes tener en cuenta cuáles son las circunstancias por las cuales pasan los que dan las ofrendas, no sea que por su interés de ayudar a los hermanos pasen ellos demasiadas privaciones.

Pablo, habiendo aprobado la contribución de los santos en Corinto a los de Jerusalén, los guía ahora a la colecta de las ofrendas y la manera de enviarlas a destino, y podemos sacar provecho también de lo que escribe en la misma carta a los Corintios:

“Gracias a Dios que puso en el corazón de Tito la misma solicitud por vosotros... Estando también muy solícito por su propia voluntad partió para ir a vosotros. Y enviamos conjuntamente con él al hermano cuya alabanza en el Evangelio se oye por todas las iglesias y no sólo esto, sino que también fue designado por las iglesias como compañero de nuestra peregrinación para llevar este donativo, que es administrado por nosotros para gloria del Señor mismo... evitando que nadie nos censure en cuanto a esta ofrenda abundante que administramos, procurando hacer las cosas honradamente, no sólo delante del Señor sino también delante de los hombres. Enviamos también con ellos a nuestro hermano, cuya diligencia hemos comprobado repetidas veces en muchas cosas” (8:16-22).

Notemos el cuidado que empleó Pablo a través de todo este procedimiento.

¿Hemos observado que él personalmente no se hacía cargo del dinero?

Fue Tito a quien se responsabilizó de la colecta. Y dos hermanos, los cuales eran tenidos en alta estima, fueron designados para acompañarlo: *“el hermano cuya alabanza en el Evangelio se oye por todas las iglesias”* y *“el hermano cuya diligencia hemos comprobado repetidas veces en muchas cosas”*.

La administración de los fondos de la iglesia nunca debe ser dada a una sola persona; deberá ser atendida en conjunto por lo menos por dos o tres personas.

A causa de la necesidad de poner extremo cuidado en cuestiones financieras, Pablo declara tanto a Timoteo como a Tito, que a ninguna codiciosa debe permitírsele ser anciano en una iglesia local (1ª Timoteo 3:3; Tito 1:7). Y en 1ª Timoteo 3:8, estipula lo mismo para los diáconos.

Ningún hombre incapaz de manejar fielmente el dinero es apto para un lugar responsable en la iglesia.

Pedro escribe esbozando el mismo concepto:

“Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto” (1ª Pedro 5:2)

La codicia es un problema que necesita un tratamiento drástico y, si no lo solucionamos fundamentalmente, tarde o temprano nos traerá problemas.

Que lleguemos, por la gracia de Dios, a un claro proceder en lo que respecta a todos nuestros asuntos financieros; y que estemos capacitados para asumir responsabilidades delante de Él, no sólo en lo que se refiere a nuestras necesidades económicas, sino para cubrir en la medida de lo posible las de los otros hermanos.